VIDA DEL CARDENAL NEWMAN

INTRODUCCIÓN

*Por Wilfrid Ward*

Para tomar plena conciencia de su interés e importancia, la historia de Newman debe ser considerada como un todo, y eso, desde sus comienzos. En todo tiempo debemos tener delante nuestro al niño cuya imaginación corría bajo influencias desconocidas y talismanes mágicos, aquel chico que creía que la vida tal vez era un sueño y el mundo material irreal… pero también debemos recordar al joven que a los dieciséis años tenía profunda conciencia de un proceso de conversión interior y que se creía «elegido para la Gloria Eterna » y que desde entonces siempre halló solaz en la idea de sí mismo y de su Creador como los únicos dos seres de existencia evidente. De nuevo, debemos tener delante nuestro al joven que después de su brillante aprendizaje en Oxford ? Cuando durante algunos pocos años fue conocido como «el Platón de Oxford » y el amigo de Blanco White y de Whateley? y recordarlo con algunas tendencias hacia un cierto intelectualismo, para verlo nuevamente, a partir de 1828, padeciendo una profunda reacción religiosa que fue creciendo hasta convertirse, y esto con la convicción de que tenía una misión específica en esta vida.

¿Y cuál era esta misión? Era la de una guerra sin cuartel contra el «Liberalismo » en el orden intelectual que estaba destruyendo a la Iglesia y al Estado, aquellas antiguas instituciones, y que no cejaría en su empeño hasta destruir la religión. En Inglaterra este liberalismo exhibía una faz comparativamente moderada y sus tendencias se encontraban considerablemente disfrazadas, pero ahora somos testigos de su poder disolvente en la Europa continental. Newman previó esto en 1828. Advirtió síntomas frescos del movimiento anticristiano en la revolución en Francia de 1830, e incluso en una oportunidad se negó a mirar siquiera la enseña tricolor que flameaba sobre el mástil de un buque francés.

No era propio de su estilo inducir al pánico o recaer en advertencias alarmistas acerca de la infidelidad que todo lo inundaba. Pero sabemos por una de sus cartas escritas cuando anciano que desde joven esa era la imagen que lo obsesionaba. En esa carta nos anoticiamos de que durante cincuenta años anticipó el crecimiento de aquellas aguas hasta que «sólo las cumbres de las montañas serán avistadas como islas solitarias en medio de la desolación ». Salvar a sus compatriotas de este peligro o mostrarles el arca de la salvación se le aparecía como una misión especialmente apropiada para alguien tan agudamente consciente de la verosimilitud del escepticismo moderno sin que esto interfiriera con su profunda convicción de que la ciencia moderna y su investigación eran compatibles con el cristianismo, y que sólo en el cristianismo podía hallarse el sentido de la vida y la felicidad de la humanidad. El trabajo se haría no con denuncias alarmistas acerca de la marea de infidelidad que inundaba al mundo, no asustando a las almas sencillas destinadas a ser soldados de la verdad, sino renovando a la Iglesia de Inglaterra como casa de la religión dogmática, dotando de profundidad intelectual a su teología tradicional y a su espiritualidad, fortaleciendo y renovando los vínculos prácticamente rotos que unían a la Iglesia de Inglaterra con la Iglesia Católica de las grandes edades la Iglesia de Agustín y de Atanasio. Y éste fue el objeto del Movimiento de Oxford de 1833.

En cinco cortos años el sueño de su misión se convirtió en realidad: había sido aceptado por Oxford y aun más allá y él mismo estaba azorado ante los resultados de su prédica. Sus seguidores se congregaban bajo su estandarte y uno que sólo deseaba trabajar por una causa se halló contra su voluntad como líder de un gran movimiento.

En 1838 su reinado en Oxford se extendía mucho más allá de los miembros de un partido su influencia fue tan extraordinaria que la tradición que refiere este portento es hoy sólo a medias comprendido y nunca enteramente creído. Es que esta gesta le atribuye a un solo hombre logros de proporciones hiperbólicas e improbables: y sin embargo, por improbable que parezca fue lo que efectivamente ocurrió. Más allá de lo que uno piense acerca del Movimiento de Oxford, uno no puede considerarlo sin reconocer que quién lo regía en sus sermones de Saint Mary, en los Tractos era un pensador cristiano de genio y agudeza únicos. Permitid a este escritor agregar a los testimonios de aquellos que hablan en el texto de este trabajo, las palabras de un testigo más yo mismo que no podía sino reconocer que estaba en presencia de hechos asombrosos: « ¿Acaso existió en toda la historia algo parecido al poder de Newman sobre Oxford? » eran palabras que me resultaban familiares desde mi infancia. Y la influencia de Newman llegaba a toda Inglaterra por virtud del crecimiento continuo del Movimiento.

Que Newman a la Iglesia le dé forma

y que Gladstone al Estado, su norma.

Así era el futuro de Inglaterra tal como lo soñaban los jóvenes de Oxford.

Semejante hazaña de victoria y liderazgo a edad tan temprana y las esperanzas que despertó proyectó luces y sombras decisivas sobre los años posteriores de la vida de Newman. Desarrollar el gran Movimiento en la Iglesia de Inglaterra reafirmando sus elementos católicos fue una tarea enhebrada por su apego a las tradiciones de Oxford, su afición por la liturgia anglicana y su señalada simpatía por los teólogos ingleses del s. XVII: su tarea se hallaba inspirada por estos, sus amores dominantes. Y sin embargo en pocos años tuvo que dejar de lado esta armadura que le resultaba tan connatural cuan resplandeciente. El mismo llegó a sostener que la propia Iglesia de Inglaterra había sido infiel a esa mismísima tradición católica que él había estado tratando de rescatar, intentando reconstruir con ella una suerte de arca para sobrevivir a la inundación del Liberalismo y el Racionalismo. En esto tenía presente a los Padres de la Iglesia que estimularon permanentemente su imaginación y brillaron para él como estrellas en el firmamento, bien que los sentía algo distantes, lejos de Oxford e Inglaterra. Para Newman fueron como una visión y eran su guía, pero sus escritos no poseían ese calor especial que tenían para él las verdades que había aprendido en su casa cuando niño y adolescente. Y de esa casa sería arrancado para siempre.

Todos hemos leído en su «Apología » como sufrió con eso, el desgarro y la agonía de muerte que supuso para él. La misión, cuya realidad se le hacía cada vez más patente, debía ser continuada, no ya con los amigos de su juventud, sino en un país extranjero. Allí fue, llevándose consigo como un vínculo entre su vida de antaño y la nueva a quien desde entonces sería su amigo inseparable, Ambrose St. John, al que la gente en Roma, en 1847, llamaba su «ángel guardián ». Somos testigos de su dolor de corazón cuando deja Littlemore y besa las hojas de los árboles de Oxford. Su tristeza es intensa… pero los caminos de Dios son maravillosos. Y en todo tiempo lo acompaña Su Presencia. La mano de Dios se había manifestado en el Movimiento y su autor había sido admirablemente llevado más allá. El hallazgo en 1839 de aquella inscripción sobre una pared, «Finalmente se verá que Roma tenía razón », fue seguido de otros auspicios que apuntaban en la misma dirección. Durante muchos años Roma había sido el objeto de sus más feroces invectivas. Y sin embargo Dios ahora lo incitaba a viajar en el camino que a ella conducía. Así fue que el viaje de 1845 fue desolado, y a pesar de todo fabuloso, porque cada paso que dio lo hizo en la convicción de que se dejaba guiar por Dios, de que se conformaba a Su Voluntad. Sus tribulaciones y tal vez su fracaso personal parecían los requisitos y las condiciones de éxito para su misión. Los modos y costumbres de este país extraño no fueron fáciles de aprender. Las tareas que le fueron asignadas lo probaron en extremo. Pero lo vemos comenzando esta vida nueva con una sensación de haber llegado a la tierra prometida. La «visión bendita de la paz » se le aparecía al reconocer en la Iglesia Romana a la misma Iglesia de Atanasio y esa visión alumbraba su camino. Así como había sido llevado a realizar una gran tarea en Oxford prácticamente sin esfuerzo personal de su parte, así, no lo dudaba, sería nuevamente.

Y los años desde 1845 a 1852 nada trajeron que obnubilaran sus ilusiones. Creía que la Iglesia Católica, tanto ahora como cuando joven, estaba llamada a triunfar por los sufrimientos de sus apóstoles… y consideraba a los insultos de los vándalos anti-Papistas en 1850 y luego su enjuiciamiento por su pretendida calumnia contra el Dr. Achilli en 1852 como otras tantas penas en aras de la buena causa. Hubo, sí, mucha fatiga, mucha pena, mucha angustia… y sin embargo en todo eso veía la mano de Dios. Luego vino un tiempo de prueba, tiempo que se prolongó, en el que parecía que la mano de Dios había sido retirada, tiempos en que no sólo su vida se veía cruzada de toda suerte de turbulencias y disgustos, sino que parecía que sus largos años de trabajos no fructificaban y aun, que carecían de sentido.

Se le pidió que encabezara el proyecto de fundar una universidad católica en Irlanda. ¿Sería esto, se preguntaba, la gran obra a la que estaba destinado? ¿Sería éste el campo de batalla para su misión en su nueva casa? Algunos auspicios así parecían indicarlo. El enorme éxito de la Universidad de Lovaina en la Bélgica católica originalmente un emprendimiento privado y no reconocido por el Estado era ya por entonces un hecho. Y una universidad para las razas de habla inglesa en una tierra donde la población católica excedía a la de Bélgica no parecía, a primera vista, una concepción utópica. El Santo Padre había aprobado especialmente el plan para Irlanda. Se lo puso en marcha en el contexto de una deliberada política de la Santa Sede para establecer centros católicos de enseñanza superior, a la par que se desaprobaban los institutos estatales de educación «mixtos ». Por lo demás el plan casaba perfectamente con su vocación para empeñarse en lo que él consideraba más y más como su incumbencia específica: la formación de mentes cristianas educadas y capacitadas para enfrentar la creciente marea del pensamiento infiel. Esta sería la renovación de su trabajo en Oxford, sólo que esta vez contaría con el respaldo de la Iglesia Universal y el aliento de la Roca de Pedro. Por otra parte la tarea era inmensamente ardua y con su habitual perspicacia fue notando que muchos auspicios eran adversos al proyecto de entre los cuales los más notables eran la general indiferencia que halló en Irlanda, síntomas de que no contaría con el apoyo de los católicos ingleses tal como originalmente lo había creído sino que se convertiría en una Universidad puramente irlandesa que además sería desaprobada por impracticable por los propios irlandeses. Inevitablemente siguió un tiempo de duda... Y luego invocó la fe contra lo que veía, y por fin lo que veía se impuso con una victoria trágica. Al principio se reprochaba su falta de confianza. Pedro había hablado y si hiciera falta podía realizar un milagro. La historia le indicaba llegó a decirlo con palabras incendiarias que seguir a Roma era equivalente a prosperar. Pero los fríos, poco prometedores, desalentadores hechos, gradualmente fueron enfriando sus arrestos a fuerza de fría gravedad. Había llegado a una edad en la que como entonces solía repetir la naturaleza ya no suministraba la necesaria energía y entusiasmo para el emprendimiento de tareas difíciles. No contaba con experiencia específica para semejante iniciativa puesto que en Oxford había trabajado en un contexto de tradiciones heredadas e instituciones preestablecidas en medio de las cuales sólo había tenido que contribuir con sus sermones y conferencias. Ahora trabajaba con una raza que le era ajena. El Primado de Irlanda aparentemente suspicaz respecto de sus planes más bien le obstaculizaba la tarea en lugar de ayudarlo. Otros Obispos permanecieron como fieles amigos… pero las circunstancias del país hacían que el proyecto resultara inviable. Hizo un esfuerzo sostenido que supuso para él una tensión excesiva. Se mantuvo firme en la presunción de que intentaba trabajos homologados por tanta autoridad que no podían sino ser reflejo de la obediencia a un llamado de Dios, y se repetía que con tal de que mantuviera firme su fe, a la larga el proyecto prosperaría.

Claro que con su característica conciencia de las cosas, veía impotente como los mejores años de vigor y energía pasaban para siempre. Comenzó a caer en la cuenta de un fracaso absoluto que al principio no había querido admitir. Continúa escribiendo a sus amigos cartas satisfechas y optimistas hasta que de repente se quiebra. Compara a los fundadores de la Universidad a Frankestein. Estaban «asustados de su propio monstruo ». Renuncia. Pero el esfuerzo de tantos años había sido demasiado. Nunca recuperó el entusiasmo de entonces. Se encuentra viejo. Le escribe a W. G. Ward que sólo anticipa una parálisis o alguna otra discapacidad para finiquitar su vida. No hay en él sombra de deslealtad para con Roma. Pero en esto, como en tantas otras cosas, el entusiasmo lo abandonó para siempre. La idea de que podía suceder casi un milagro con sólo él seguir las indicaciones de Pedro ahora se le aparecía como una ilusión y no una visión. Las autoridades en Roma no se habían dado cuenta de las circunstancias reinantes en Irlanda. Se habían apoyado en informaciones locales que se habían revelado como poco confiables. Se trataba de algo sencillo de entender y nada sorprendente. Ciertamente que todo esto no comprometía su fe. Pero significaba que los años habían pasado no para demostrar que tenía razón con su visión profética frente a las críticas más despiadadas, sino para comprobar experimentalmente que, después de todo, sus críticos habían estado en lo cierto y sus trabajos habían sido en vano. Por tanto, no estaba destinado a ayudar la causa cristiana y católica con la fundación de una gran universidad. Sólo le quedaba aspirar a agregar alguna cosa a sus escritos a favor de la religión durante los pocos años que le quedaban por delante. Este pensamiento no era más que una llamita de aquella antorcha de antaño. Ya no tenía ánimo para hablar de una gran misión. Pero incluso esta concepción de la voluntad de Dios para él recibió pocas confirmaciones exteriores.

Es cierto que los obispos ingleses le pidieron ahora que editara una traducción vernácula de la Escrituras y planificó y comenzó a modo de introducción un ensayo sobre la filosofía de la Historia Sagrada un antídoto al tratamiento naturalista de la Escritura tales como la «Histoire d?Israel » de Renán. Pero hubo de abandonar el proyecto aparentemente merced a la apatía del Cardenal Wiseman. Luego intentó guiar el pensamiento de los intelectuales católicos que, conducidos por Lord Acton, publicaban la revista «The Rambler », pero aquí también se topó con una poderosa oposición. Se convirtió en Director de la revista pero se le pidió la renuncia después de sacar el primer número y fue denunciado a Roma como hereje después del segundo. Esto fue en 1859.

El año 1860 vio el desarrollo de aquel movimiento de católicos celosos pero intolerantes que aparecieron como defensores de la Santa Sede en momentos en que la Invasión de los Estados Papales tornaba difícil una concepción equilibrada sobre la cuestión del poder temporal del Papa, tiempos en que la ecuanimidad era susceptible de ser denunciada como manifestación de liberalismo católico: tiempos en que, en Francia, Dupanloup, Montalembert y Lacordaire fueron denunciados por Luis Veuillot y sus amigos como católicos insensatos y tiempos en que, para usar las propias palabras de Newman «un hombre que no era extravagante era tomado por traidor ». Y el propio Newman se halló sospechado de tal y puesto «bajo una nube ». Y sin embargo no había escrito nada que no estuviera trenzado de su ferviente súplica a Dios por conocer Su Voluntad.

¿Dónde estaba ahora su misión? ¿En qué había quedado su trabajo por la gran causa? Se sometió en silencio y resignación. Mas ahora su vida interior encontró, como siempre, «paz perfecta y contento » en la Religión Católica.

En lo que respecta a todo lo demás, eran tiempos de oscuridad y depresión… y se le pegó algo de la especial amargura propia del rey destronado y del profeta desoído. Se veía a sí mismo como un viejo. Su salud era mala, y se preparaba para una buena muerte. Ya sus libros se habían dejado de vender y ahora dejó de escribir. Las nuevas generaciones ni siquiera conocían su nombre. Si hubiese muerto ni bien cumplidos los sesenta y tres años de edad una edad no tan distante de los días asignados al hombre sobre la tierra su carrera habría pasado a la historia como la del más triste de los fracasados. Los historiadores habrían contrastado su eminencia sin paralelo de 1837 con su total insignificancia en 1863. Su biografía no sería considerada sino como una tragedia.

Luego, en 1864, Charles Kingsley lanzó su memorable ataque. En él, Newman vio la posibilidad de reivindicar su carrera ante el público inglés, de defenderse de la acusación de insinceridad y de elogiar la causa católica en los términos que él creía necesarios para su tiempo. Las brillantes salidas en forma de panfleto al principio, mediante los cuales cautivó la atención universal y los medulares capítulos de su «Apología pro Vita Sua » luego, conquistaron el corazón de Inglaterra. Hombres de mediana edad que se habían separado de él durante largos años pero que lo habían conocido en Oxford, ahora aparecieron ante el público británico para decirle al mundo todo lo que Newman había significado para ellos. Un artículo a siete columnas en el «Times » dedicado a su reaparición en público con ocasión de la presentación de la «Apología » fue un testimonio decisivo a su favor.

A partir de entonces John Henry Newman volvió a ser una gran figura a los ojos de sus compatriotas. Los católicos ingleses le estaban agradecidos y se mostraban orgullosos de tener por campeón a uno que todo el país reconocía como un gran escritor y un genio del espíritu. En la Iglesia Católica contaba con una multitud de seguidores que lo seguía con devoción, que pendía de sus palabras tal y como le había sucedido con sus discípulos de Oxford treinta años antes. La oposición en ciertos influyentes cuarteles continuó. Pero sus admiradores entre los Obispos se mantuvieron firmes en su defensa y la batalla se equilibró considerablemente si se la compara con lo sucedido en años anteriores.

Con todo, esta reacción a su favor que le inspiró grandes esperanzas para el futuro, no alcanzaba a fundar enteramente esas esperanzas. Continuó concentrando sus esfuerzos en las necesidades intelectuales de la Iglesia, la urgente necesidad de mentes reflexivas y vigorosas cuya Fe sería probada en los años venideros. El proyecto de establecer una universidad católica había fracasado. La única opción de educación superior para los católicos ingleses estaba en Oxford y Cambridge. En 1864, y de nuevo en 1866, diseñó un plan para instalar un Oratorio en Oxford con la esperanza de tener alguna influencia en la vida intelectual del lugar tan contaminada como estaba entonces con el pensamiento de John Stuart Mill y constituirse allí como guía espiritual e intelectual de los jóvenes estudiantes católicos. Pero Manning y W. G. Ward seguían la política oficial de Roma para el resto de Europa, una lisa y llana desaprobación de cualquier proyecto que incluyera la posibilidad de educación «mixta ». El plan de Newman no casaba con sus puntos de vista. Ya por entonces, la influencia de Manning sobre el todopoderoso Wiseman se hacía notar, y al año siguiente lo ungieron Arzobispo. Así, naturalmente, Roma lo respaldó sin dudar y el proyecto de Newman se fue al tacho. Esta fue su última esperanza de realizar trabajos activos como católico. El lector hallará en este libro los detalles de esta dramática historia conformada por los auspiciosos alientos que había recibido al principio, de los iniciales sueños felices que llegó a concebir y finalmente de su estrepitoso fracaso.

Después de esto, Newman se propuso escribir una gran obra sobre la cuestión que lo había obsesionado durante toda su vida la razonabilidad intrínseca de la fe religiosa su «Ensayo en Ayuda a la Gramática del Asentimiento ».

Contemporáneamente comenzaron las controversias que precedieron al Concilio Vaticano I. Los hombres que se le habían opuesto y lo habían vencido en el asunto del plan para la Universidad de Oxford eran quiénes ahora aparecían como los principales agitadores a favor de la definición de la Infalibilidad Papal. Toda su vida, al igual que Fénelon, Newman había defendido la tal infalibilidad. Mas ahora Louis Veuillot y otros postulaba la definición en diarios y panfletos en forma exagerada y completamente falta de fundamentos teológicos y Newman comenzó a temer que se definiera el nuevo dogma en términos que tal vez el mundo interpretara de este modo exagerado que él tanto deploraba. Estigmatizó a estos escritores y a sus seguidores en una carta famosa como miembros de «una facción insolente y agresiva » . En la medida en que la definición de la infalibilidad incrementó la influencia de esta «facción », su promulgación fue para Newman una derrota… bien que el texto de la definición finalmente fue redactado en los términos que él siempre defendió. Con todo, su preocupación se vio considerablemente atenuada cuando el Obispo Fessler, el Secretario General del Concilio, y otros, protestaron contra las interpretaciones distorsionadas y exageradas de la definición. Newman expresó sus propios puntos de vista en la carta al Duque de Norfolk, publicada en 1875. Esta carta fue recibida por los católicos con entusiasta y casi universal aclamación. En verdad su repercusión fue un momento de triunfo para él… y luego, Ambrose St. John, su querido e inseparable amigo, en medio del júbilo que compartían, falleció.

Ahora sí que la vida se había acabado y su carrera como católico en cierto sentido ni él lo podía negar había sido una enorme desilusión. El deseo de su corazón había sido de que se le permitiera hablar con el entero respaldo de esa Gran y multisecular Iglesia que se pronuncia por boca de la Santa Sede. Así, sus palabras tendrían diez veces más eficacia. Sólo la Iglesia Católica así lo creyó y dijo siempre, aun en sus momentos más oscuros podía confrontar y contener a las corrientes de infidelidad social e intelectual que dominaban al mundo. Pero hablar con esa autoridad era precisamente lo que a todas luces se le negaba. Sus críticos aún susurraban que él no era totalmente confiable. De hecho, el fracaso de sus sucesivos emprendimientos no fue enteramente accidental. Estaba, como él mismo lo dijo, fuera de sintonía con los tiempos. Se había formado una idea definitiva del trabajo al que debía apuntar como católico teniendo en cuenta los peligros específicos de la hora. Pero el poderoso movimiento a favor de la uniformidad y centralización de la Iglesia que fue el santo y seña del período desde 1850 hasta 1870 hizo que tal tarea fuera prácticamente imposible. Tenía gran simpatía con los objetivos generales de hombres como Montalembert, Lacordaire y Federico Ozanam quienes creían que la gran necesidad de los tiempos estaba en que se explicara la Fe Católica en términos que resultaran atractivos para las clases educadas. Y su preocupación inmediata era persuadir con esas verdades a sus propios compatriotas. Para tal propósito en su opinión eran requerimientos de la hora una libertad provisional en la discusión de nuevos problemas y una cierta libertad en la traducción de expresiones tradicionales. Por otra parte, durante la dramática lucha de aquellos años, el Partido que el Arzobispo de París bautizó como «los nuevos ultramontanos » representado por Manning en Inglaterra y Cullen en Irlanda, no parecía demasiado consciente de las necesidades de su tiempo. Y este partido ganó rápidamente en influencia. Sus representantes se mostraban suspicaces respecto de las perspectivas más liberales de Newman o Montalembert por temor a que tales pareceres no se convirtieran en pequeñas grietas por donde se filtraría la infidelidad en la Iglesia. Por otra parte, los nuevos ultramontanos abogaban por una mayor centralización que a Newman le parecía contrario a los habituales controles internos al absolutismo con los que la Iglesia siempre había contado. A la vez que defendió siempre las más notables prerrogativas del Papa, parece haber cuestionado, al igual que el propio Arzobispo Sibour, la manía de recurrir constantemente al uso de tales poderes cuando debían reservarse para emergencias. En estos dos asuntos, las corrientes dominantes le eran adversas. En su última publicación previo a recibir el capelo cardenalicio leemos las siguientes tristes y significativas palabras: «Parecería que las cosas han sido dispuesto desde lo alto de tal modo que en nuestros días la Iglesia adquiera justamente la apariencia de lo que mis compatriotas denuncian a su respecto, una consonancia con sus prejuicios más arraigados, un aspecto que torna más difícil su conversión… ¿y qué puede hacer un escritor para despejar esta desgracia? »

Con su aguda percepción de la acción de la Providencia en su vida -la «luz buena » (kindly light) a la que miraba para que lo guiara- el gran acontecimiento de 1879 que tan repentina y eficazmente removió sus largos años de frustración e impotencia, se le aparecieron casi como un milagro. Fue nombrado Príncipe de la Iglesia. Ninguna otra cosa como esta señal de favorecimiento de parte de Roma podría haber removido aquella nube… y uno tan indiferente a las dignidades exteriores vio en ello la mano de la Providencia y dio las gracias a quien cumple. Había vuelto el tiempo de las maravillas. La larga paciencia de muchos años era vista ahora como la condición de que cumpliera con su misión y ahora iba a fructificar. Un Cardenal podía hablar en nombre de Roma. Sus escritos estaban ahora revestidos de una aureola que antes no tenían. Contaban con la aprobación directa del Vicario de Cristo. Su vida había excedido con creces los setenta años asignados al hombre. Había escrito las últimas palabras en su diario privado, agradeciendo la bondad de Dios y resignándose a su cruz-la frialdad de la autoridad eclesiástica-. Para él era una cruz pesada, tanto por su profunda lealtad a Roma cuanto por razón de la disminución de su esfera de influencia para hacer el bien. Cuando tal nube de pronto fue despejada era casi como que se hubieran abiertos los cielos proclamando la recompensa por tantos años de penosas tribulaciones.

Su vejez solar y feliz le da una completitud al drama como pocas veces se ve en la vida real. Aun en esta vida «la noche se había ido » para él. En las jubilosas cartas de estos años parecía estar repitiendo las líneas de uno de sus himnos:

Y a la aurora los ángeles me sonríen amantes

Esos que amé y que había perdido por un instante.

De modo que su vida como Católico alternaba entre la luz y las tinieblas la «bendita visión de paz » que había visto en la Iglesia de Atanasio inpirando emprendimientos que una y otra vez eran frustrados por miembros de esa misma Iglesia que él se proponía servir.

Y las cartas revelan algo análogo en su temperamento. Aquí también la fuente de luz es también, bajo otro respecto, una fuente de oscuridad. Su propia naturaleza subrayaba los efectos de circunstancias adversas. Sus delicadas percepciones que encantaban a tantos que lo conocieron eran parte de su talante artístico, sensible al encomio y al reproche, hambriento de simpatía. Es un tipo de temperamento muy inadecuado para el combate con el mundo llevando adelante empresas de orden práctico. La combinación de esta psicología con una férrea obediencia a los mandatos de su conciencia hizo que se convirtiera en un profeta para sus seguidores además de un amigo intensamente cordial y simpático. Pero semejante mezcla hizo que su lucha con el mundo fuera mucho más dura. Su conciencia le mandaba rechazar sin duda ninguna aquellos impulsos de humor indulgente propios del temperamento artístico que hacen que la vida sea tanto más tolerable. Y siempre estaba dispuesto a ver en los caminos menos apetecibles la vía recta del deber.

Por lo demás, su extraordinario poder de penetración psicológica, su intuición de los modos en que piensan los personas y los cuerpos colectivos, fue la raíz de una gran influencia en su correspondencia sobre aquellos que le pedían consejo, tal como en los tiempos de sus sermones de Oxford. A la vez, esto mismo fue fuente de serias dificultades en su vida activa, y esto de dos maneras. En primer lugar, el hábito de la minuciosa introspección psicológica tiende a producir un temperamento vacilante al modo de Hamlet. Y en el caso de Newman esto se aliaba con otra cualidad, que advirtió su amigo Oratoriano y colega, el P. Ryder, en sus valiosas notas sobre el Cardenal que me dejó para la confección de esta biografía: básicamente su «pasividad no intentando darle curso a su vida en modo alguno, sino esperando en la Providencia ». En momentos críticos, cuando sus amigos esperaban que diera un golpe y que protestara, decía en cambio «Fiat voluntas tua ». El incidente del obispado irlandés, la suspensión de la traducción de las Escrituras, la renuncia a su puesto de editor de "The Rambler", el abandono del proyecto para Oxford, son todos ejemplos de esto.

Pero, en segundo lugar, Newman veía demasiado para un hombre de acción. Las dificultades en todos sus proyectos y emprendimientos se le aparecían demasiado vívidas. Esta marcada característica también lo acompañaba en todas sus acciones. Su fe en Dios, en la otra vida, en la Iglesia, no vacilaba. Sin embargo cuando Huxley dijo que podía compilar con los escritos de Newman una antología de la infidelidad, sus lectores más despiertos inmediatamente caían en la cuenta de dónde semejante concepción. Newman siempre tenía delante suyo el modo de pensar del escéptico. Para él la historia atestiguaba «el poder corrosivo del escepticismo que todo lo disuelve cuando de la búsqueda intelectual de verdades religiosa se trata ». Veía con entera lucidez la verosimilitud de las objeciones que podían plantearse contra las verdades en las que él creía más firmemente. Tal como me lo dijo alguna vez, creía que, de entre las verdades de Fe, la existencia de Dios era la cuestión más dificultosa de todas. Creía en la divinidad de la Iglesia Católica. Y sin embargo veía con tal claridad su composición humana que alarmaba incluso a aquellos que más concordaban con él por la aproximación que hacía con su mente a la delgada línea que separa lo humano de lo divino. Sus más profundas convicciones eran compatibles con una aguda percepción de todo lo que podía decirse contra ellas. El Sr. Hutton advierte algo parecido en su estilo literario: su constante representación de las corrientes adversas a las sólidas, persistentes y pacíficas tesis que postulaba.

Esta lúcida conciencia de las dificultades anejas a todas sus concepciones religiosas tenían su contraparte en su vida práctica. En cualquier tarea que emprendía en la convicción de que Dios lo llamaba a realizarla conservaba al mismo tiempo una aguda percepción de las dificultades en su camino, se representaba gradualmente con una quasi-inerrante intuición el futuro curso de los acontecimientos tal como lo afectarían, las cuestiones que debería resolver, la oposición que encontraría. Tales percepciones tienen un costado benéfico, pero pueden llegar a un grado tal que engendren vacilaciones y dudas que conspiran contra el mínimo entusiasmo y esperanzas necesarios para acometer una empresa o acción exitosa. Y yo creo que esto le sucedió a menudo, sobre todo en sus últimos años. Encontramos cartas suyas cuya lectura literal se le aparecería a un lector menos avisado como contradictorias. Ya a temprana edad, en los años después de sus «Conferencias sobre el Oficio Profético », lo encontramos ventilando toda clase de objeciones a una teoría que poco antes había desplegado confiadamente. Hay cartas suyas desde Roma en 1847 acerca de planes alternativos para su futuro, ora sobre la conveniencia de que se hiciera Oratoriano, Dominico, Redentorista u otra cosa, que resultan casi fastidiosas en su juglaría, su modo de ir y venir con consideraciones opuestas. Uno podría citar cartas suyas sobre el proyecto de una universidad en Irlanda que tomadas por separado indican fines contrarios: en una de ellas el trabajo parece ser exactamente lo que siempre quiso… en otra, una causa perdida. Cuando asume como editor de "The Rambler", y luego cuando renuncia, tenemos cartas en las que se queja amargamente de la pesada tarea y cómo desea dejarla de lado… y luego en otras cartas cómo lo considera un trabajo señalado especialmente para él por la Providencia. Lo mismo con las traducción de las Escrituras. Cuando en 1866 el plan para Oxford parece aprobado y que se acerca el momento de su ejecución, le escribe a W. G. Ward con la más profunda melancolía. Y con todo, cuando la Congregación para la Propaganda lo liquida, siente el golpe como mortal. En uno tan sutil, complejo, intensamente sensible, estos sentimientos opuestos hallan su lugar de modo perfectamente comprensible. Una mente y una imaginación singularmente despiertos a todos y cada uno de los aspectos y detalles de cada plan, un temperamento especialmente sensible como el suyo, hace que naturalmente contemple su realización con sentimientos encontrados. Un aspecto lo entristece, otro lo hace feliz. Pero para el mundo en general tales combinaciones a menudo generan perplejidad. Algunos lectores se sorprenderán tal como le pasó al Cardenal Barnabo en 1867 cuando los embajadores que él creyó impetraban a favor del proyecto de Newman para Oxford, le decían a la vez que él nunca había querido volver a la universidad. «Entonces, estamos todos de acuerdo », dijo el Cardenal. Esta complejidad, creo, indujo a que fuera mal interpretado y conspiró contra la eficacia de sus emprendimientos.

Por otra parte, su profunda honestidad, sensatez y falta de convencionalismo en sus ideas y la clara percepción de cómo funcionaban las mentes de aquellos que acudían a él lo convirtió en un guía sumamente persuasivo. Pero estas cualidades también le acarrearon decepciones en su vida como Católico. Los rígidos escolásticos, tanto en Inglaterra como en Roma, eran muy lentos en comprender a qué apuntaba con sus argumentos y estaban muy prontos a sospecharlo de poco consistente. Pues sucedía a menudo que no razonara según los cánones habituales a que estaban acostumbrados. Tal como apunta el P. Ryder, cuando Newman discutía, las distinciones que hacía, «en lugar de ser formuladas como contrarias y mutuamente excluyentes, la mayor parte de las veces eran presentadas como predominantes en este o en este otro aspecto, toda vez que tenía presente en todo tiempo que trataba con seres vivientes negándose a caer en la caput mortuum de la abstracción ». Claro que esta manera de razonar es la antítesis del modo de distinciones lógicas propias de los escolásticos. «La verdad es que », escribe el P. Ryder, «era sumamente difícil que gente entrenada en la lógica formal de las escuelas comprendieran a uno cuyas proposiciones se adecuaban tan desmañadamente a la disciplina del humor y la figura. Siendo aún Anglicano, uno que siempre permaneció su amigo, el P. Perrone, al hacer la recensión conjunta del "Tratado sobre la Iglesia" de Palmer y "El Oficio Profético" de Newman, dio rienda suelta a su frustración al no hallar un antagonista que jugara el juego: "optime Palmer, Newman miscet et confundit omnia". Por lo demás estaban perturbados ante lo que a todas luces parecían antílogos. El P. Newman era reservado y locuaz, ultramontano y liberal, de no hacer concesiones y minimalista. Era una máquina de guerra formidable que estaba de su lado, pero tenían plena conciencia de que no comprendían enteramente la maquinaria y así algunos llegaron a pensar que cualquier día la máquina se dispararía sola o en la dirección equivocada ».

La cualidad de complejidad y sutileza de inteligencia en alguien cuyo propósito era tan sencillo -sólo obedecer la Voluntad de Dios- lo mantuvo lejos de todos los partidos. Este es uno de sus rasgos más salientes y sus cartas lo atestiguan a menudo. Y con todo, generalmente se considera que las combinaciones de partido son necesarias para una acción eficaz. Incluso como Tractario se había opuesto a una organización demasiado minuciosa abogando en cambio por el esfuerzo informal de cada uno. En este sentido, se podría discutir si acaso alguna vez fue un hombre de partido: mas bien parecería que se encontró como líder de un grupo que se había vuelvo más «Newmaniano » que no seguidores del Dr. Pusey. Como Católico su aislamiento respecto de todos los partidos fue absoluta. Así como simpatizaba profundamente con Montalembert y Lacordaire, en ningún sentido podría considerárselo un católico liberal. Así como estaba de acuerdo con la acción de Dupanloup durante el Concilio Vaticano, no compartía sus inclinaciones galicanas. Persuadido como estaba junto con Acton y Simpson en su radical insatisfacción con ciertos rasgos de la apologética católica de entonces, se empeñó en tomar distancia de "The Rambler" y "The Home and Foreign Review". Por otra parte, ultramontano convencido como era, no sintonizaba con los más típicos ultramontanos de la época -con aquellos que podrían conocerse como hombres de partido-. Intelectualmente se sentía muy poco confortable con tipos como Manning y Veuillot. Del mismo modo con el P. Faber. Le escribió una y otra vez a W. G. Ward asegurándole que compartía en un todo sus principios. Pero cuando se trataba de particulares a Ward le parecía que Newman estaba tomando partido con Acton y Simpson y que le era hostil. Simpatizaba enteramente con Dá¶llinger y su concepción de la historia de la Iglesia pero disentía completamente con el modo en que este colegía de aquella cuales eran los deberes de un Católico en 1870. Se dirá que, en 1870 era un «inoportunista », y sin embargo no es cierto. Si bien hizo todo lo que pudo para que no se definiera la Infalibilidad y aunque lamentó su promulgación, nunca la denunció por inoportuna. Aun cuando fuera una desgracia, la desgracia puede ser uno de los medios de que se vale la Providencia para mejores cosas.

Muy pocos hombres combinan, como él, un entusiasmo profundo junto con un temperamento agudamente crítico. ¿Cuántos hombres podrían haber escrito con retórica inspirada acerca de la sabiduría práctica de los Papas a lo largo de la historia y luego, en 1870, oponerse tan vigorosamente a los que, según creía, eran los deseos más íntimos de Pío IX? Los críticos más impacientes anotan estos contrastes con exasperación. Pero el lector atento verá que en cada caso sus argumentos hallan sustento en hechos de la historia. La Historia le enseñó que en materia de política eclesiástica, la mayor parte de las veces los Papas aciertan, pero no siempre.

Este excesivo aislamiento en sus opiniones, así como también la aguda percepción de las dificultades que afrontaba, no ayudaba al éxito de sus empresas: muchos que creían que él estaba de acuerdo con ellos descubrían en momentos críticos que inesperadamente era al revés: estaba en las antípodas. El fallecido Lord Acton se enfureció con tales incidentes. En menor medida, a Newman le había pasado lo mismo con otros. La acusación contra él en una famosa correspondencia que todos hemos leído es que resulta «difícil de entender ». No sólo Manning había dicho esto. T. W. Allies, durante años amigo de Newman y su fiel discípulo escribió en 1864, cuando se trazaba el plan para Oxford, «J. H. N. es un tipo raro. ¿Quién lo puede entender? ». El corresponsal de Allies le mandó la carta a Newman y este biógrafo lo encontró entre sus papeles.

Finalmente, sus cartas revelan una intensidad de afecto y una sensibilidad exquisita que le ganó muchos amigos, aparte de proporcionarle señaladas penas. Lo hallamos diciéndole al Sr. Hutton que nada podía decírsele en términos encomiásticos o de reproche sin que «sintiera mórbidamente que se me rasgara la piel ».

Y había algo en la profundidad de sus afectos que se distingue de su temperamento artístico tal como lo describí precedentemente. Mi retrato no sería veraz o viviente si omitiera de su correspondencia este rasgo y sus consecuencias. Soy plenamente consciente de que el lector que no simpatiza con Newman puede hallar aquí materia para criticar en lo que se refiere al modo en que el biografiado pone de manifiesto su sensibilidad. En efecto, las cartas acaso revelan un cierto acento egocéntrico que tantas veces acompaña a los genios y que en el caso de Newman había sido alentado por su liderazgo único cuando joven en Oxford. Pero no creo que nadie que aprecie su destacado amor por la santidad, su perfecta devoción por el deber y la fuerza intelectual y sabiduría que evidencian estas cartas en su conjunto se sentirá inclinado a menospreciar al Cardenal cuando termine este libro. Al leer su correspondencia, como cuando observamos a un hombre con grandes dolores, oiremos, tal vez, momentos en que sus quejas no suenan enteramente musicales, atestiguaremos movimientos no enteramente compuestos. Pero cuando terminamos de leerlas, difícilmente sentiremos (este escritor, por lo menos habla por sí mismo) otra cosa que no sea un fuerte afecto y reverencia por su autor. Si el biógrafo no ha logrado poner de manifiesto su sentido de la proporción en este respecto, la falta es enteramente suya. Por otra parte, no creo estar autorizado a suprimir las señales de los defectos que hacen que su personalidad se destaque publicando una biografía meramente convencional, imprimiendo un «court-portrait ». Existen genios respecto de los cuales el mundo tiene derecho a saber como fueron los hechos y sus grandes dones y talentos tornan soportable una presentación del personaje enteramente veraz. Así Johnson. Así Carlyle. Uno no soporta la idea de que grandes hombres como estos sean recortados aguándose así su gran personalidad. John Henry Newman es otro. Su santidad misma y su devoción por el deber son puestos de relieve precisamente en las pruebas que suscitaba su propia naturaleza. Su temperamento solar lo hacía especialmente receptivo a las alegrías de la vida. De a ratos esto lo convertía en el más encantador de los compañeros. Probablemente si hubiera conformado su vida según los cánones de su inclinación más natural, los síntomas de excesiva sensibilidad, de cierta cólera o resentimientos habrían sido escasos. Pero respondiendo al llamado del deber intentó tareas que lo probaban en grado extremo. Era capaz de poner la mano en el fuego y dejarla allí. No siempre fue capaz de reprimir los gritos de dolor, o de mantener en todo tiempo una estudiada pose de dignidad.

Albany Christie lo acompañó en la caminata desde Oxford hasta Littlemore cuando se aproximaba la gran separación de 1845. Newman no abrió la boca en todo el camino y cuando llegaron la mano de Christie estaba mojada con lágrimas de su amigo. Después de confesarse en la capilla de Littlemore estaba tan exhausto que no podía andar sin ayuda. Cuando fue a Roma para arreglar sus diferencias con sus hermanos de Londres que tanto lo probaron, recorrió descalzo y a pie todo el camino desde una lejana posta hasta la Basílica de San Pedro. Cuando Ambrose St. John murió, Newman se arrojó sobre la cama a su lado y quedó allí toda la noche. Un tipo humano marcado con semejantes afectos debe llevar una carga pesada que no le es dada a otros. Las naturalezas más sensibles no siempre son las más ecuánimes. De a ratos el egoísta y superficial pueden ser compañeros más placenteros. Los hombres con afectos tan señalados como los de J. H. Newman se ganan de sus amigos y discípulos un amor personal y entusiasta que otros no. "Cor ad cor, loquitur". Dan y reciben un amor que otros buscan en vano. Pero los sentimientos profundos no son todos de un solo tipo. Los habrá amargos y los habrá dulces. Allí donde hay amor y gratitud intensos habrá también grandes broncas, profundos resentimientos.

Así, el genio complejo que fascinó y ejerció tanto ascendiente sobre sus seguidores tenía algunas cualidades menos propicias para la acción comparado con otros dotados con una fibra bruta de naturalezas más simples. Esto realza el interés del drama y su pathos… pero el lector verá que no está en esto la causa determinante de sus sucesivos fracasos. Mas bien habrá que buscarlas entre los que se opusieron a él de entre sus compatriotas, y en las circunstancias de la época que los favoreció.

Hay un rasgo adicional que surge de su correspondencia y que reclama cierta atención. Toda su vida Newman estuvo preocupado con la marea de infidelidad que todo lo inundaba, que crecía sin precedentes. Desde sus años más jóvenes prestó especial atención a la cuestión de cómo lograr que la razonabilidad de la fe religiosa pudiera formularse de modo afín a todos los hombres de buena voluntad. Ya en 1826 sus sermones de la Universidad de Oxford tienen por principal mira esta cuestión (sobre «La Teoría de la Fe Religiosa »). Su «Gramática del Asentimiento » llevó la cuestión más lejos. Su propia amistad con Blanco White, con Mark Pattison, con William Froude, con el hermano de Hurrell, le puso claramente de manifiesto el hecho de que había gente honesta que buscaba la verdad pero a quienes el modo en que se les presentaba el cristianismo hacía imposible su aceptación. En los años tempranos de su vida concluyó que esta deficiencia se debía a que la por entonces corriente apologética dominante en la Iglesia Anglicana no tenía en cuenta la forma mentis de aquellos que buscaban la verdad, ni de sus especiales dificultades. Creía que esta cuestión no sólo era un asunto trascendente para la felicidad y bienestar de personas a las que quería mucho sino que, mucho más que eso, estaba en juego la fe de las generaciones venideras. Gradualmente llegó a creer que la Iglesia Católica era la única esperanza de ponerle coto a la creciente infidelidad que más y más se asemejaba a una marejada devastadora. Hay trazas de estas ideas aun antes de su conversión al catolicismo. En este orden de ideas creía que el poder especial de la Iglesia residía en dos cosas. En primer lugar, por ser «la representación concreta de cosas invisibles ». La Iglesia mantenía en alto verdades dogmáticas con toda la autoridad de su multisecular tradición. La insistencia de la Iglesia Católica en custodiar toda la Revelación, su celoso rechazo a cualquier intento de mutilación de la Escritura, eran parte de su fuerza. Y además era un poder viviente especialmente idóneo para resistir los excesos del Racionalismo-los errores a los que se inclina la razón humana cuando queda sola. Pero había otro aspecto en su historia que Newman consideraba de enorme valor-esto fue materia de muchos de sus Ensayos y muy notablemente, el tema central de su Conferencia de Dublín acerca de «La Investigación Científica y el Cristianismo »-: para él, uno de los tesoros de la Iglesia era la libertad de debate con que contaban las escuelas medievales para afrontar los problemas intelectuales de su tiempo. Escribió que «la verdad es alcanzada merced a la conjunción de muchas inteligencias trabajando juntas con entera libertad. Hasta donde puedo ver, esta ha sido la norma de la Iglesia hasta nuestros días ».

De su correspondencia se infiere que Newman atribuía a dos causas el hecho de que en el s. XIX la Iglesia no había estado a la altura de la tradición en esta materia. En primer lugar, las viejas escuelas teológicas habían sido destruidas por la Revolución Francesa. En segundo lugar, el movimiento militante de centralización que a principios del siglo XIX inauguraron De Maistre y Lammennais y que había sido desarrollado y ampliado por escritores como L. Veuillot, así como incluía componentes nobles y resultó ser un instrumento poderoso para la acción unificada de los Católicos, incidentalmente actuó en detrimento de los intereses intelectuales de la Iglesia. En efecto, este movimiento desalentó la provisoria tolerancia y libertad de opinión tan necesarias para la disputatio entre los expertos. Pero, claro, Newman advertía claramente que la guerra entre la Santa Sede y el liberalismo europeo reforzó ambos obstáculos. No parecía que las escuelas fueran a ser restablecidas en tales circunstancias y un estado de guerra reclama más bien disciplina que no la defensa de la libertad de espíritu.

Newman se dio cuenta de que el Cardenal Barnabo, el Prefecto para la Propaganda, no justipreciaba cuán graves y urgentes eran los peligros que suscitaba el uso de textos de apologética enteramente inadecuados. Quizá el Cardenal no tenía comparativamente mucha experiencia del efecto que semejantes textos producen en cierto tipo de inteligencias. Y el reclamo de más libertad sonaría demasiado a menudo como una rebelde impaciencia ante toda autoridad. De hecho, era objeto de suspicacia a los ojos de quienes mandaban. Muy pocos advirtieron en la correspondencia de Newman que el objeto y fin de sus reclamos a favor de una mayor libertad académica procedían de su convicción de que hacía falta una apologética idónea para enfrentar la moderna infidelidad. En Alemania y en Bélgica, al igual que en Inglaterra, esta necesidad se hacía sentir de modo más urgente, tal y como lo percibía Newman. No se trataba de que la nueva infidelidad fuera sólo una revuelta moral contra la Cristiandad. Tenía también un prominente costado intelectual. Había cuestiones suscitadas por los filósofos y críticos modernos que requerían una oposición franca mediante la libre discusión de sus implicancias para la teología. Sólo de ese modo se podía llegar a un acuerdo satisfactorio entre los teólogos y los hombres de ciencia. Y ante su ausencia, el peso del movimiento cientificista se inclinaría del lado de la infidelidad. Pareciera que Newman consideraba como su misión específica la de urgir la necesidad de desarrollos intelectuales y científicos a la altura de las necesidades de su tiempo. Esto lo llevó a expresarse en términos harto severos respecto de quienes intentaban, como lo dijo él, «estrechar los límites de la comunión » y restringir indebidamente la libertad intelectual de los católicos. Ocurría que estos hombres estaban entre los más celosos campeones de los derechos de la Santa Sede. En esto Newman siempre exceptuó a la propia Santa Sede, bien que no así respecto de algunos de sus consejeros, algunos de los cuales pertenecían al partido que en Inglaterra estaba representado por Manning y Ward. La extensión de tal partido y su influencia, así como la ceguera ante los peligros de la hora por parte de algunos de sus representantes lo escandalizaba y producía en él sentimientos muy profundos. Estos hombres comenzaron oponiéndose al parecer moderado de Newman respecto de la cuestión del Poder Temporal y a su plan para instalar un Oratorio en Oxford a la vez que clamaban por una definición de la Infalibilidad Papal en términos mucho menos limitados y precisos que los que eventualmente se eligieron para su promulgación.

No me he creído autorizado para citar sintéticamente esta parte de su correspondencia por tres motivos. En primer lugar, en este respecto sus cartas representan claramente sus sentimientos más profundos durante unos treinta años de su vida y una somera explicación de sus puntos de vista sería de una superficialidad rayana en la mendacidad. En segundo término, sus opiniones sobre el particular han sido muy divulgadas y han sido expresadas por él en tantos escritos que si por acaso omitiera alguna de ellas-en el supuesto de que fuera lícito hacerlo-por descontado que esos fragmentos ausentes en mi relación aparecerían impresos en otra parte. Y, desde luego, el público se llevaría la falsa impresión de que el biógrafo habría censurado otras partes de su correspondencia donde Newman se habría expresado con mayor virulencia o en asuntos de mayor enjundia pero de carácter aun más controvertido. Pero en tercer lugar-y esto es lo más importante-leídos sus dictámenes, opiniones y pareceres en el contexto de otras cartas contemporáneas se advierte que Newman nunca dejó de exhibir una entusiasta lealtad para con la Santa Sede y su profunda satisfacción de pertenecer a la Iglesia Católica, con lo que tales juicios adquieren su verdadera proporción y color. Constituyen la expresión de una mente muy aguda y crítica en lo que se refiere a una necesidad especial de las escuelas católicas según lo que él creía y que había inferido de un atento examen de la infidelidad de su tiempo y de las lecciones que emanaban de la historia de la Iglesia. Y que el asunto era mucho más serio que lo que generalmente se reconocía.

Aquellos que habían custodiado sus creencias religiosas dejando de lado cualquier dificultad intelectual como si fueran tentaciones no podían apreciar las necesidades de una masa creciente de inteligencias reflexivas que se hallaba en contacto diario con un mundo en el que estas objeciones constituían realidades vívidas. Para Newman este primer tipo humano era, tal como él lo definió, malitia parvuli. Pero los hombres educados de su tiempos estaban llamados a ser sensibus perfecti, y necesitan una filosofía más profunda y exhaustiva. Argumentar sobre la base de que en estos casos alcanzaba con suprimir los puntos de vista adversos o peligrosos era como querer cerrar la puerta del establo después de que el caballo había escapado. Tal vez excepcionalmente se puede recurrir a tales supresiones. Quizá fuera especialmente indicado cuando se hacía con miras a la defensa de las mentes más simples y menos educadas que de este modo eran protegidas del conocimiento de dificultades que los atemorizaría. Pero ciertamente que no alcanzaba para atender las necesidades de aquellas mentes despiertas e inquisitivas para quienes los problemas religiosos de índole intelectual les resultaban familiares. Y Newman usó palabras fuertes para con los cortos de vista que actuaban como si no hiciera falta algo más.

Pero sus palabras no tenían un carácter unívoco como podrían haberlo tenido de haber procedido de mentes menos complejas y profundas. Su sentido de las imperfecciones y defectos que Dios permitía en el seno de la Iglesia en modo alguno conspiraba contra su lealtad y convicción de su divinidad, así como que su aguda percepción de las dificultades que las potestades del mal sembraban en el mundo de ninguna manera disminuyeron su Fe en la Providencia. Ciertamente se puede citar a Newman fuera de contexto para darle a sus palabras una significación falsa. Mas leídas en estas páginas al lado del resto de su correspondencia aparecerán como la expresión de sentimientos originados exclusivamente en su devoción a la Iglesia y los intereses de la Religión. Aunque algunas de sus cartas representen sus sentimientos en determinada instancia que no siempre coinciden con su juicio más elaborado, en este respecto, su espíritu no exhibe fisuras. Desde luego, sólo he podido elegir una parte comparativamente pequeña de su voluminosa correspondencia. Pero su parecer acerca de las cuestiones críticas que le tocó vivir está aquí reflejado con entera franqueza.

A lo largo de este libro mi principal empeño ha sido el de guardar un perfecto equilibrio y verdadera proporción entre los diversos elementos compuestos por su personalidad y correspondencia de tal modo que, mientras otras cartas pueden agregar mucha noticia y más detalles de interés, también pueden calzar naturalmente en el retrato que aquí dejo esbozado.